

**La ficción como problema metafísico: Encubrimiento y apariencia en El dios  
que baila y De la esencia de la verdad**

David Loynaz

La tradición filosófica occidental ha mantenido históricamente una relación tensa y excluyente entre el estatuto de la verdad y el ámbito de la apariencia o la no-verdad. No obstante, el pensamiento contemporáneo encuentra en la dimensión estética no una fuga de la verdad, sino su expresión más originaria. Es en este cruce problemático donde opera la propuesta de Massimo Cacciari. Partiendo de la exégesis nietzscheana, Cacciari asume que, tal como se plantea ya desde *El origen de la tragedia*, el arte opera como la «verdadera actividad metafísica del hombre» (Cacciari, 2000, p. 102). A partir de esta premisa, el filósofo italiano inicia una singular disertación a propósito de una verdad del arte o un arte de la verdad.

Graduado en la Università degli Studi di Padova con un trabajo de investigación sobre la crítica del Juicio en Kant, y ex gobernador de la ciudad de Venecia, es hoy en día uno de los pensadores más relevantes de la filosofía actual italiana (Istituto della Enciclopedia Italiana, s.f.). Forma parte del *Italian Theory* (Gentili, 2012), influenciado, al igual que sus contemporáneos Giorgio Agamben, Roberto Esposito y Giacomo Marramao, por el pensamiento de Friedrich Nietzsche. En todo caso, es un nodo más de esta recepción. Tiene múltiples ensayos en torno al pensamiento del filósofo alemán, y la gran mayoría, están orientados tanto a su estética como a lo que él denominaría el «pensamiento negativo». Trabajos como *Krisis, ensayo sobre la crisis del pensamiento negativo de Nietzsche a Wittgenstein* (1982), *Desde Nietzsche: tiempo, arte, política* (1994) y *El dios que baila* (2000) forman parte de su extenso repertorio. Su filosofía ha sido categorizada como una onto-teo-logía por la tesis de doctorado de Carmona Sánchez (2016), como también una ontología a modo de metafísica por Alberti (2026). En el presente ensayo, se realiza un análisis a propósito del tema de la no-verdad mediante una singular metafísica de la apariencia diagnosticada por el filósofo veneciano, principalmente, en los fragmentos póstumos de Nietzsche, en los escritos de 1887 a 1888. Fragmentos que configuran principalmente el trabajo que luego será interesadamente recopilado por su hermana e intitulado como *La voluntad de poder*.

En estos fragmentos del filósofo de Lützen, la idea de la ficción (o lo que va a ser presentado acá como la *no-verdad*) va a articular cada una de los motivos temáticos de su corpus teórico, como bien diagnostica Giorgio Colli:

El sujeto como realidad, o también simplemente como punto de referencia estable, es por lo tanto una ficción. De esta ficción derivan, por lo demás, los conceptos metafísicos de "ser", de "sustancia". No existe por el contrario ni siquiera el "pensamiento": lo que se denomina con este nombre es igualmente una ficción, que se obtiene al aislar un elemento de un proceso y al unificar un complejo de elementos cuyo producirse ignoramos. (Giorgio Colli, 1983, p. 116)

Por otro lado, el ensayo de Cacciari resulta pertinente en tanto que articula, a partir de esta ficción, un problema propiamente metafísico. Término que, por cierto, como mencionamos anteriormente, va a intercambiar a lo largo del escrito por otros, como poética, no-verdad, arte o apariencia. Una visión que, alejada de las interpretaciones inmanente-intensivas del Nietzsche de Deleuze, por ejemplo (Deleuze, 1971), asume la categoría de la ficción a modo de una metafísica, si entendemos metafísica por su definición clásica, en tanto que el estudio de aquello que es común a todos los entes. No obstante, esta no es una metafísica ingenua, realista o incluso, una metafísica lógico-predicativa, arraigada a una noción de la verdad por correspondencia: *adaequatio rei et intellectus* (fórmula consolidada en la escolástica medieval por Tomás de Aquino). La metafísica de la apariencia es, en realidad, una especie de ontología como metafísica.

En 1930 Martin Heidegger dictó la conferencia *Vom Wesen der Wahrheit* (*De la esencia de la verdad*) publicada una década más tarde. En esta propone que:

La pregunta por la esencia de la verdad no se preocupa de si la verdad es en cada caso la verdad de la experiencia práctica de la vida o de un cálculo económico, si es la verdad de una reflexión técnica o de la inteligencia política, ni sobre todo si es la verdad de la investigación científica o de una forma artística o incluso la verdad de una meditación pensante o de una fe del culto. La pregunta por la

esencia deja todo esto de lado y trata de encontrar una única cosa: qué es lo que caracteriza a toda «verdad» en general como verdad. (Heidegger, 2007, § 177)

¿Qué es lo que caracteriza a toda verdad? Para el filósofo del *Dasein*, la verdad estaría constituida tanto por la libertad como por el error, o en otros términos: la no-verdad. Esto es patente después de realizar una crítica férrea a la noción de la verdad como adecuación, la cual es heredera de su trabajo ya realizado en *Ser y tiempo* (Heidegger, 2003) y sus *Interpretaciones fenomenológicas sobre Aristóteles* (Heidegger, 2002). En su conferencia, a este propósito, argumenta: «la verdad enunciada siempre significa la coincidencia de la cosa presente con el concepto «racional» de su esencia» (Heidegger, 2007, § 181). Este tipo de noción de la verdad, se propone en la presente disertación, tiene resonancias con la razón compuesta por enunciados lógico-predicativos, conceptualizada por Cacciari a través de Nietzsche, la cual contrapone al arte o la ficción. Esta contraposición resulta, en la interpretación de Cacciari, el problema propio de la filosofía última.

El arte es, pues, el problema filosófico por excelencia, en tanto afirma la presencia de una capacidad falsificadora universal, de una facultad de engaño opuesta y entrelazada a la facultad de juzgar, que se proclamaba fundada sobre la roca sólida de la Verdad. (Cacciari, 2000, p. 105)

La ficción, desde la lectura de Cacciari sobre Nietzsche, no correspondería a simples productos de la imaginación: revelaría una «facultad general capaz de falsificar la concepción metafísica de la Verdad, de mostrar la falsedad de las visiones exclusivamente predicativo-discursivas de la Verdad.» (Cacciari, 2000). Retaría la posibilidad de un conocimiento sólo capaz de expresarse en las formas del logos articulado por las proposiciones predicativo-discursivas. Un logos del juicio. La ficción abriría la posibilidad de que el pensamiento no sea reducido a las formas óntico-predicativas de la metafísica. ¿Pero qué es aquello que conoce este pensamiento? El arte no conoce necesariamente. El arte, muestra. La facultad falsificadora, en su posibilidad de ser, agrieta al edificio de la verdad. O, en otros términos, en la posibilidad misma de la ficción especulativa racionalizada yace el reflejo amenazante a los fundamentos de una verdad metafísica.

Para Heidegger, la esencia de la verdad no está relacionada a la noción de la correspondencia, sino a la del aparecer; *aletheia*. Con respecto a este propósito: «La respuesta a la pregunta por la esencia de la verdad es el decir de un giro dentro de la historia del ser. Y como al ser le es inherente un cubrir que aclara, el ser se manifiesta inicialmente a la luz de la sustracción encubridora. El nombre de este claro es ἀλήθεια.» (Heidegger, 2007, § 201)

La esencia de la verdad es la libertad, en tanto que aquello que aparece, aparece libremente. No es el Dasein, o el intérprete — el individuo libre — sino el ser mismo, en su esencia, no es más que libertad:

Entonces el capricho humano no dispone de la libertad ni sobre ella. El hombre no la «posee» como quien posee una propiedad, sino que, como mucho, ocurre lo contrario: la libertad, el ser-aquí existente y desencubridor, posee al hombre de un modo tan originario que es ella la única que le concede a una humanidad la relación con lo ente en su totalidad que fundamenta y caracteriza por vez primera toda historia. Sólo el hombre ex-sistente es histórico. La «naturaleza» no tiene historia. (Heidegger, 2007, § 190)

Esta libertad *acontece* en la *apertura* o el *claro*. O incluso, la apertura, el acontecer, o el claro, es esta libertad. No obstante, esta libertad necesariamente encubre a la verdad. Por lo que la esencia de la verdad es también, esencialmente, su encubrimiento:

El encubrimiento le impide a la ἀλήθεια desencubrir y tampoco le permite ser todavía στέρησις (privación), sino que preserva lo que le resulta más propio en cuanto propiedad. Así pues, y pensado desde la perspectiva de la verdad como desocultamiento, el encubrimiento es el no-desocultamiento y por ende la no-verdad más auténtica y propia de la esencia de la verdad. (Heidegger, 2007, § 194)

Este encubrimiento esencial de la verdad dialoga con lo que Massimo Cacciari denomina *la facultad de la falsificación*. En otros términos, el arte, en tanto que una composición racional de formas, orientada a una armonía o belleza inmanente, es una dimensión de este encubrimiento, o inclusive, es la dimensión tanto más originaria, como su expresión última: Es la verdad de la no-verdad. Asimismo, el arte es

la expresión más originaria de este ocultamiento. En tanto que se presenta a sí mismo como ocultamiento, hace explícito la propiedad más inherente de la verdad: su encubrimiento.

El arte aparece de hecho como la cumbre de la actividad filosófico-metafísica. Luego, al llegar al reconocimiento de la necesidad del arte, la última filosofía alcanza el reconocimiento de esta facultad falsificadora como forma universal del conocimiento, como estructura del conocimiento. O, por el contrario, el arte en tanto actividad metafísica “de gran estilo” hace visible un nuevo lazo entre el conocimiento y la mentira, una nueva relación que ya no se funda sobre una exclusión recíproca. (Cacciari, 2000, p. 108)

En este ámbito, la diferencia entre metafísica y ontología se hace difusa. Mientras que para Heidegger, la metafísica, es la ciencia que encubre al ente, en tanto que aquella que olvidó la diferencia ontológica (Heidegger, 2003), para Massimo Cacciari, el arte es el problema esencial a la metafísica, y una metafísica del arte, revelaría su condición más esencial: la libertad de la verdad. En Heidegger, el hacer patente el olvido de la diferencia ontológica, sería el proyecto de la destrucción de la metafísica tradicional o la metafísica óntica. Cacciari puede ser un poco más matizado en su argumentación, o digamos, escribe desde un ámbito pos-heideggeriano: la metafísica, o la facultad de verdad, tiene que vérselas irremediabilmente con la facultad de la falsificación. Es la irremediable contracara de la verdad. Una metafísica que asuma esta tensión, sería la metafísica última. Por otro lado, Heidegger ve en su proyecto una posibilidad de reivindicación de la filosofía:

Pero lo que caracteriza a la filosofía, de acuerdo con la apreciación del sano sentido común, que dentro de su ámbito está plenamente legitimado, no llega a alcanzar a su esencia, la cual solo se puede determinar a partir de la relación con la verdad originaria de lo ente como tal en su totalidad. Pero como la plena esencia de la verdad incluye también la inesencialidad y predomina por encima de todo en cuanto encubrimiento, la filosofía, en cuanto un preguntar por esta verdad, está dividida en sí misma. Su pensar es la entrega a la generosidad, que no se niega al ocultamiento de lo ente en su totalidad. Su pensar es, sobre todo, la re-solución o apertura del rigor, que no acaba con el

encubrimiento, pero constriñe a su esencia incólume a entrar en lo abierto del concebir y, por ende, en su propia verdad.

(Heidegger, 2007, § 199)

Un «deber» del proyecto filosófico ciertamente heredero del proyecto fenomenológico instaurado por Husserl (Husserl, 2014). Heidegger tiene claro que este imperativo de la filosofía no puede ser apoyado ni fijado en nada firme —ni en el dogma religioso ni en la evidencia del empirismo científico—. Esta falta de firmeza es la condición irremediable de la filosofía, y por eso mismo, su relación ineludible con la facultad de la falsificación. Lo que Cacciari encuentra como su otra cara: su par irremediable. La metafísica en Massimo Cacciari puede ser entendida como la ontología en Heidegger; es una especie de onto-teo-logía, como bien lo argumenta el proyecto doctoral citado a inicios del ensayo (Carmona Sánchez, 2016), que tiene que vérselas todo el tiempo con su negatividad, con su no-verdad, con su apariencia, debido a su necesidad constitutiva: la composición de signos.

No obstante, acá es importante recalcar que, a diferencia del signo en el conocimiento predicativo, donde la forma solo sería un portador —de un conocimiento que sería su contenido— en la ficción, la forma es el conocimiento en sí mismo. El pensamiento y la forma toman una relación de igualdad. A partir de este punto, «La facultad falsificadora se revela en el gran estilo, en la imaginación domada de la obra de ficción, en su fuerza organizadora, en su capacidad de componer-combinar signos. » (Cacciari, 2000)

Esta facultad falsificadora reclamará un nuevo saber, sobre lo que para el logos sería el no-saber: La forma misma. Esta poiesis trágico-retórica contendría los siguientes estatutos según Cacciari:

a) la complejidad plurívoca de todas las formas posibles de la abertura al mundo (lo que no tiene nada que ver con ninguna noción de ambigüedad); b) la “mentira” implícita en el carácter reductor de la verdad-falsedad lógica; c) su propia “mentira” a los ojos del reduccionismo lógico-filosófico, en tanto esta mentira

revela como única verdad la “no-verdad”, la “apariencia necesaria” de sus propias combinaciones de signos, de sus propios juegos.

En este sentido, la ficción se universaliza, no como una fuga, sino como una apariencia necesaria que afirma la ontología irónica/trágica de la existencia. La combinatoria de signos en cuanto tal, y no su contenido, para el poeta, revelaría al signo en sí mismo como un modo de abertura de mundo, en tanto que afirme la verdad de la apariencia, y además, revela el carácter de esa verdad de la apariencia, que reviste la metafísica, en tanto que el portador de sus contenidos. Esta ficción en particular no es cualquier ficción poética. Acá Cacciari hace referencia al «poeta transformado» (Nietzsche, 1883/1997). Un poeta que no busca, a diferencia del poeta profundo, revelar una gran verdad metafísica mediante el ejercicio creador y la domesticación de su imaginación. Aquello que el poeta revelaría, sería plenamente la verdad de la no-verdad de su material: la apariencia. La verdad de la ausencia de fundamento, la verdad de la falsificación. La ficción de este poeta sería «el pensamiento de la verdad de la apariencia, de la verdad de la no-verdad» (Cacciari, 2000).

Mientras que Heidegger, al menos en la conferencia aquí presente, encuentra un fundamento lo suficientemente sólido y firme en este ejercicio, siempre inacabado, del pensar como desocultamiento:

Esta visión esencial de la determinación de la filosofía es, sin embargo, suficientemente amplia como para rechazar cualquier subordinación servil de su pensar, como aquella que encuentra su expresión más impotente y desafortunada refugiándose en esa vía de escape que le da como mucho a la filosofía el valor de mera «expresión» de la «cultura» (Spengler) y de prestigioso ornato de una humanidad creativa. (Heidegger, 2007, § 195)

Por otro lado, mientras que el proyecto anterior, de cierto modo, intenta reivindicar la verdad a la filosofía, y hacer de la filosofía, la dueña última de la verdad (en tanto que ejercicio de desocultamiento); Friedrich Nietzsche, desde la lectura de Cacciari, reivindica la metafísica desde su tensión con la ficción, mediante la facultad de falsificación. «El arte como verdad de la no-verdad», y no solamente como la elaboración de una estética particular:

Parece evidente que Nietzsche no se interesa para nada en una estética “especial”, en este caso en la estética irónico-romántica, sino en la definición de las estructuras fundamentales del hecho artístico. Nietzsche percibe en el arte una facultad general, una *Urteilkraft* que tiene una validez universal. Lo que está en juego en el arte es una dimensión general del ser, una facultad falsificadora. El arte es la facultad que niega la verdad; mejor aún, el arte es una expresión de dicha facultad universal. (Cacciari, 2000, p. 105)

El arte es la expresión última de aquello que Heidegger denominará la no-verdad. Es la expresión del encubrimiento, y en esa expresión radica su verdad más originaria. La verdad del arte o el arte de la verdad son dos expresiones de un mismo problema: la imposibilidad de una distinción evidente de ambos ámbitos. «No hay “autonomía” del arte en relación con la filosofía, así como no hay “autonomía” de la filosofía en relación con el arte» (Cacciari, 2000, p. 102). Esta imposibilidad de autonomía hace eco en la siguiente afirmación de Heidegger: «En cualquier caso y con cualquiera de estos significados, aunque cada vez a su manera, la no-esencia sigue siendo esencial para la esencia y nunca resulta inesencial en el sentido de indiferente.» (Heidegger, 2007, § 195)

¿Es la filosofía, entonces, como critica Heidegger, simplemente el «prestigioso ornato de una humanidad creativa»? ¿Es esta tensión ineludible la muestra absoluta de su impotencia? Al contrario, Heidegger parece encontrar un ámbito en el que la filosofía es posible, y es el ámbito de la ontología. En esta estrategia insistente que es el desocultamiento, dentro de la cual, el hombre cae irremediabilmente en el error:

«Es lo que llamamos el error. El hombre anda errante. No es que el hombre caiga en el error. Si está siempre sujeto a dicho error es porque, ex-sistiendo, in-siste y, de este modo, ya está en el error.»(Heidegger, 2007, § 196)

...

«Puesto que la ex-sistencia in-sistente del hombre camina en el errar y puesto que el errar, como confusión, siempre oprime a su manera y gracias a esa opresión se adueña del misterio en la medida en que es un misterio olvidado, por esto en la ex-sistencia de su Dasein el hombre se ve sometido al dominio del misterio y, sobre todo, de la opresión del errar.» (Heidegger, 2007, § 197)

El desocultamiento de lo ente es una estrategia que se da permanentemente en la ex-sistencia, en la in-sistencia, del Dasein. No hay un punto final. Este es el problema del tiempo necesariamente, el cual remite al *círculo hermenéutico*. Asuntos que exceden las intenciones del presente ensayo.

El pensador italiano, encuentra un segundo ámbito a esta estrategia: la propiedad expresiva irremediabilmente intrínseca al ejercicio del conocimiento metafísico:

El arte, dicho de otra manera, existe como una necesidad imperiosa de conocimiento. Constituye un modo de abertura al ser que vuelve problemáticas todas las modalidades de abertura al ser lógico-discursivas. No solo, pues, el trabajo artístico no tiene nada que ver con las “divagaciones” de la imaginación (a decir verdad, consistiría más bien en “domar su propia fuerza imaginativa”), sino que debe ser interrogado en una perspectiva capaz de cuestionar la estructura entera, o el fundamento mismo de la Ratio europeo—occidental.» (Cacciari, 2000, p. 107)

Ambos pensadores, uno como pionero y fundador directo del proyecto ontológico contemporáneo y el otro como continuador, se plantean la posibilidad de una filosofía última, o una filosofía mayor, o incluso —para el segundo— de una metafísica. Para el exgobernador de Venecia, tanto el arte como el conocimiento filosófico —dentro de una noción de la filosofía posheideggeriana— comparten una estructura fundamental e ineludible: la necesidad de los signos o de la forma. Entendido en el marco de la semiótica de Peirce (Peirce, 1987), tanto el arte como la filosofía son ejercicios compositivos de signos, y en línea con Cacciari, se puede agregar que con un telos armónico o de ineludible estilo (ya sea heredado o reelaborado). Es aquello que encubre al ser, en su más irremediable libertad. O, en todo caso, aquello que el ser pone en su retirada. El

proyecto de la Destruktion en Heidegger, así como su círculo hermenéutico, serían superados por un telos artístico en el filósofo de Zaratustra:

Para Nietzsche, el arte es precisamente la transformación de esta fuerza crítico-intelectual disolvente que alcanza su colmo transfigurándose en un “Sí” trágico a los juegos del mundo concebidos como juegos divinos. (Cacciari, 2000, p. 120)

Es un telos afirmativo sobre la esencial no-verdad de la verdad. El arte, en tanto que posible, será siempre la evidencia última de esta libertad del ser. Pero también, su ejercicio infinito de desocultamiento.

Lo que “encanta” a la voluntad de poder es la armonía alcanzada, y no la “destrucción” en sí, sino esa facultad que permite quebrar-confundir la simple inmediatez para alcanzar armonías trágicas, complejas, de ascendencia heraclitiana. (Cacciari, 2000, p. 106)

Ambos pensadores ven central la posibilidad de un cuestionamiento de los cimientos de la razón occidental. Heidegger encuentra en la ontología, la posibilidad de otorgar nuevamente la verdad a la filosofía, mientras que Cacciari —en *El Dios que baila*— apunta esta operación en la metafísica del arte nietzscheano. Hay que tener en cuenta que esta «metafísica» ciertamente excede las definiciones tradicionales del término —e incluso, plantea su superación— al igual que el proyecto heideggeriano, pero desde dos estrategias distintas. Ambas, no obstante, proponen una especie de crítica inmanente. En Cacciari, la «disolución del cosmos teofánico», ciertamente hace ecos con el anti-trascendentalismo de Heidegger.

Pero, mientras en la tradición de las religiones históricas, la crisis del universo teofánico se manifiesta como dimisión progresiva de lo divino, en Nietzsche se expresa como divinización de la apariencia. (Cacciari, 2000, p. 118)

Una divinización de la apariencia constituye, en rigor, una metafísica de la apariencia e, incluso, una metafísica del aparecer. Por consiguiente, la «gran metafísica» articulada por Cacciari entabla un diálogo

insoslayable con la ontología heideggeriana. Heidegger, sin embargo, rechazaría categóricamente el uso del término «metafísica» para designar su propia empresa filosófica. Su obra despliega el proyecto de la *Destruktion* de la historia de la metafísica, la cual se halla anclada en el paradigma lógico-proposicional de la verdad como adecuación. En su despliegue ulterior, el pensamiento heideggeriano se orientará hacia el repliegue y el silencio, disposiciones que adquieren absoluta centralidad a partir de su *Kehre* o viraje ontológico (Heidegger, 2005). Frente a esta retracción, en Nietzsche la metafísica opera de manera afirmativa en tanto que arte, puesto que asume la tarea de exponer la verdad última: la de la libertad.

Esta libertad, conduciría irremediabilmente a una tensión del conocimiento con la expresión. Una relación ineludible. Al menos, con el conocimiento filosófico. Si la filosofía quiere hablar de la verdad, en un ámbito del aparecer, tiene que vérselas de cara con esta libertad, con la dimensión del error, que constantemente acaece al existente, en su insistencia, y por ende, si quiere hacer metafísica, entendida ahora como la ciencia última, como filosofía, tendrá que operar bajo los movedizos designios, de su ficción.

### **Bibliografía**

Alberti, G. (2026). *Ontologia come metafisica. La filosofia di Massimo Cacciari*. Inschibboleth.

Aristóteles. (s.f.). *Metafísica*. Editorial Gredos (Biblioteca Clásica Gredos).

Cacciari, M. (1982). *Krisis, ensayo sobre la crisis del pensamiento negativo de Nietzsche a Wittgenstein*. Siglo Veintiuno.

Cacciari, M. (1994). *Desde Nietzsche: tiempo, arte, política*. Editorial Biblos.

Cacciari, M. (2000). *El dios que baila*. Paidós.

Carmona Sánchez, J. (2016). *Massimo Cacciari y la onto—teo—logía* [Tesis doctoral, Universitat Ramon Llull]. TDX (Tesis Doctorals en Xarxa). <https://hdl.handle.net/10803/350804>

Deleuze, G. (1971). *Nietzsche y la filosofía*. Editorial Anagrama.

Gentili, D. (2012). *Italian Theory. Dall'operaismo alla biopolitica*. Il Mulino.

Heidegger, M. (2002). *Interpretaciones fenomenológicas sobre Aristóteles (Indicación de la situación hermenéutica)* (J. A. Escudero, Trad.). Editorial Trotta.

Heidegger, M. (2003). *Ser y tiempo* (J. E. Rivera, Trad.). Editorial Trotta.

Heidegger, M. (2005). *Aclaraciones a la poesía de Hölderlin* (H. Cortés y A. Leyte, Trans.).

Heidegger, M. (2007). *De la esencia de la verdad. Sobre el mito de la caverna y el Teeteto de Platón* (A. Ciria, Trad.). Herder Editorial.

Husserl, E. (2014). [Datos de la publicación por confirmar].

Istituto della Enciclopedia Italiana. (s.f.). Cacciari, Massimo. En *Enciclopedia Treccani*. Recuperado el 9 de junio de 2026, de <https://www.treccani.it/enciclopedia/massimo-cacciari/>

Nietzsche, F. (1997). *Así habló Zaratustra* (A. Sánchez Pascual, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1883-1885).

Peirce, C. S. (1987). *Obra lógico-semiótica* (A. Sercovich, Trad.). Taurus.

Tomás de Aquino. (s.f.). *Adaequatio rei et intellectus*. En Encyclopaedia Herder.